

INTERÉS COMPUESTO

MACK REYNOLDS

El extranjero dijo en un italiano abominable:

—Deseo ver al signor Marin Goldini por asunto de negocios.

El conserje parecía desconfiado. Echó una mirada por el postigo a las ropas del visitante.

—¿Asuntos de negocios, señor? —titubeó—. Quizás si usted me explicara la naturaleza del negocio, señor, yo podría informar al secretario de su excelencia, Vico Letta...

El hombre dejó morir la frase en un murmullo indistinguible.

El extranjero reflexionó.

—Es una cuestión de oro —dijo al fin.

Sacó una mano del bolsillo, la abrió y mostró media docena de monedas de oro.

—Un momento, señor, ilustrísimo —barbotó rápidamente el sirviente—. Perdóneme. La ropa de usted, ilustrísimo...

El hombre terminó la frase otra vez en un gorgoteo, y desapareció.

Un instante después abría las puertas de par en par.

—Por favor, ilustrísimo, su excelencia lo espera.

Llevó al extranjero por una sala abovedada hasta un patio central con una fuente y unos arcos góticos que sostenían una escalera exterior y una balustrada esculpida. Subieron, atravesaron un oscuro umbral, y entraron en un pasillo mal iluminado. El sirviente se detuvo y golpeó ligeramente una pesada puerta de madera. Una voz murmuró en el interior. El sirviente abrió la puerta, esperó a que entrara el extranjero, y luego cerró y se retiró.

Dos hombres estaban sentados tras una mesa de roble, toscamente tallada. El de mayor edad era robusto, de expresión dura y fría. El otro, alto y delgado, parecía amable y desenvuelto. Saludó inclinando levemente la cabeza y anunció:

—Su excelencia el señor Marin Goldini.

El extranjero saludó también con una torpe reverencia.

—Mi nombre es... es Señor Smith —farfulló.

Hubo un momento de silencio que Goldini quebró al fin diciendo:

—Y este es mi secretario Vico Letta. El sirviente habló de oro, señor, y de un negocio.

El extranjero buscó en un bolsillo, sacó diez monedas y las puso sobre la mesa. Vico Letta recogió una, sin mostrarse demasiado interesado, y la examinó.

—No conocía esta moneda —dijo.

Goldini torció la cara en una mueca que no expresaba nada.

—Eso me asombra, mi querido Vico. —Se volvió hacia el recién llegado—. ¿Y que desea hacer usted con estas monedas de oro, Señor Smith? Confieso que no entiendo bien...

—Deseo depositar aquí esta suma —dijo el Señor Smith.

Vico Letta había pesado distraídamente una de las monedas en una pequeña balanza. Alzó los ojos un instante mientras calculaba.

—Las diez monedas sumarán aproximadamente unos cuarenta y nueve sequíes, excelencia —murmuró.

—Señor —dijo Marin Goldini, con impaciencia—, es poco dinero para nosotros. Sólo los gastos de contabilidad...

El extranjero lo interrumpió.

—No se apresure. Ya sé que la suma es pequeña. Sin embargo, no pido más que el diez por ciento anual y no reclamaré antes de... cien años.

Los dos venecianos alzaron las cejas.

—¿Cien años, señor? —dijo Goldini cortésmente—. Quizá no domina usted nuestra lengua y...

—Cien años —dijo el extranjero.

—Pero en ese entonces —protestó el jefe de la casa Goldini— todos nosotros habremos desaparecido. Hasta es posible que la casa Goldini misma sólo sea un recuerdo.

Vico Letta, intrigado, había calculado rápidamente.

—Dentro de cien años —dijo—, a un interés compuesto del diez por ciento anual, este oro valdrá más de setecientos mil sequíes.

—Bastante más, si no me equivoco —dijo con firmeza el extranjero.

—Una suma considerable —dijo Goldini más animado—. ¿Y durante todo ese tiempo el manejo de la suma quedará en manos de la casa?

—Exactamente. —El extranjero sacó del bolsillo una hoja de papel, la partió en dos, y le alcanzó una mitad a los venecianos—. Cuando mi mitad sea presentada a los descendientes de usted, dentro de cien años, la suma completa será entregada al portador.

—¡Trato hecho, Señor Smith! —dijo Goldini—. La transacción es insólita, pero un diez por ciento en estos días no es pedir demasiado.

—Para mí es suficiente. Y ahora, ¿me permiten algunas sugerencias? Quizá conozcan ustedes a la familia Polo.

Goldini frunció el ceño.

—Conozco a Mafeo Polo.

—¿Y a su sobrino, Marco?

—He oído decir que el joven Marco es prisionero de los genoveses —dijo Goldini prudentemente—. ¿Por qué esa pregunta?

—Está escribiendo un libro acerca de sus aventuras en el Oriente. Será una mina de información para un comerciante interesado en esas regiones. Otra cosa. Dentro de pocos años se intentará derribar al gobierno de Venecia, y poco después se organizará un llamado Consejo de los Diez, eventualmente el poder supremo de la república. Traten de estar representados en ese Consejo, apoyándolo desde un principio.

Los dos hombres lo miraron estupefacto y Marin Goldini se persignó discretamente.

—Si les parece a ustedes que es necesario invertir dinero fuera de Venecia —dijo el extranjero—, les sugiero que piensen en los mercaderes de la Hansa y en la liga que organizarán pronto.

Los hombres lo miraban aún asombrados, y el extranjero dijo, incómodo:

—Bueno, me voy. El tiempo es demasiado importante para ustedes.

Se acercó a la puerta, la abrió él mismo, y salió.

—Ese mentiroso de Marco Polo —gruñó Marin Goldini.

—¿Cómo podía saber ese hombre que pensamos extender nuestras actividades al este —preguntó Vico Letta—. Lo hemos discutido sólo entre nosotros.

—La conspiración contra el gobierno —dijo Marin Goldini, persignándose otra vez—. ¿Quería insinuarnos que se sabe que intrigamos? Vico, quizá debiéramos separarnos de los conspiradores.

—Quizá tenga usted razón, excelencia —murmuró Vico. Tomó de nuevo una de las monedas y examinó las dos caras—. Esta nación no existe —murmuró—, pero es una pieza perfectamente acuñada. —Alzó a la luz la hoja rota de papel—. Y no conozco tampoco esta clase de papel, excelencia, ni esta lengua tan extraña, aunque yo diría que tiene ciertas similitudes con el inglés.

La casa de Letta-Goldini se alzaba ahora en el barrio de Santo Tomás: un edificio imponente por donde pasaban los productos de mil negocios en un centenar de países.

Riccardo Letta alzó los ojos del escritorio y miró a su asistente:

—¿Entonces se ha presentado realmente? *Per favore*, Lio, tráigame la documentación de... de la cuenta. Que me dejen solo unos diez minutos para que yo pueda refrescarme la memoria y luego haga pasar al señor.

El biznieto de Vico Letta de la casa Letta-Goldini se incorporó con elegancia, saludó con la reverencia que se estilaba en esos días, y dijo:

—Servidor de usted, señor...

El recién llegado sacudió la cabeza devolviendo el saludo con torpeza.

—Señor Smith —dijo.

—¿Una silla, ilustrísimo? Y ahora me perdonará que entremos en seguida en materia, pero cuando se está a cargo de una casa tan importante como la Letta-Goldini...

El Señor Smith extendió una hoja rota de papel. Hablaba un italiano abominable.

—El acuerdo concluido con Marin Goldini, hace exactamente un siglo.

Riccardo Letta tomó el papel. Era nuevo, limpio y fresco, y el banquero lo miró arrugando la frente amplia. Tomó un trozo de papel envejecido y amarillento que tenía ante él y lo juntó con el otro. Se correspondían exactamente.

—Asombroso, señor, ¿pero cómo es posible que mi pedazo haya envejecido tanto y el suyo esté tan nuevo?

El Señor Smith carraspeó.

—Es evidente que se han empleado distintos métodos de preservación.

—Evidentemente. —Letta se reclinó en su silla juntando las puntas de los dedos—. Y evidentemente viene usted a reclamar el capital y los intereses. La suma es considerable, señor. La casa tendrá que recurrir a distintos fondos.

El Señor Smith meneó la cabeza.

—Deseo prorrogar el acuerdo inicial.

Letta se sentó muy tieso.

—¿Por otro período de cien años, quiere usted decir?

—Exactamente. Tengo confianza en la capacidad de usted.

—Ya veo. —Riccardo Letta había mantenido su posición en la junta de la banca y el comercio venecianos gracias a una habilidad extrema. Le bastó un instante para recuperar la calma. Tomó otro papel del escritorio y dijo—: La aparición del antepasado de usted, señor, ha llegado a ser una verdadera leyenda en esta casa. ¿Conoce usted los detalles?

El otro asintió con un movimiento lento de su cabeza.

—Nos sugirió, entre otras cosas, que apoyáramos al Consejo de los Diez. Estamos en el Consejo de los Diez, y no necesito decirle con qué ventajas. Nos indicó asimismo que investigáramos los viajes de Marco Polo. No investigamos..., lamentablemente. Pero la recomendación más extraña fue que invirtiéramos en las ciudades de la Hansa, que eventualmente se unirían en la Liga Hanseática.

—¿Y? ¿No fue una recomendación razonable?

—Provechosa, señor, sí; pero nada razonable. El antecesor de usted apareció en el año 1300, y la Liga Hanseática no se formó hasta el año 1358.

El hombrecillo, con las mismas ropas extrañas que la tradición atribuía al primer Señor Smith, hizo una mueca.

—Lo lamento, señor, pero ahora no puedo dar explicaciones. Bien, no tengo mucho tiempo, y dada la importancia actual de la suma quisiera que redactáramos un contrato más formal que el celebrado con los fundadores de la casa, y que era meramente verbal.

Riccardo Letta tocó una campanilla que estaba sobre el escritorio y los dos hombres pasaron la hora siguiente con ayudantes y secretarios. Al fin, y con una pirámide de documentos en los brazos, el Señor Smith dijo:

—Bien, ¿puedo hacer ahora algunas sugerencias?

Riccardo Letta se inclinó hacia delante, entornando los ojos.

—Por supuesto.

—La casa de ustedes seguirá creciendo y será necesario extender los negocios a otros países. Continúen apoyando a las ciudades de la Hansa. En un futuro no muy lejano, un hombre llamado Jacques Couer será una figura muy importante en Francia. Nómbrerlo representante francés de la firma. Sin embargo, retírenle todo apoyo en el año 1450.

El Señor Smith se puso en pie, preparándose para irse.

—Un consejo, señor Letta. Donde hay dinero, se juntan los chacales. Les sugiero que lo escondan y lo dispersen. De este modo, aunque haya pérdidas provocadas por los actos de tal o cual príncipe o por una revolución, la fortuna subsistirá.

El Señor Smith dejó la habitación, y Riccardo Letta, aunque no era un hombre demasiado religioso, se persignó discretamente.

Eran veinte los que esperaban en el año 1500. Estaban sentados alrededor de una hermosa mesa de conferencia, representando a una media docena de naciones, y todos tenían aspecto arrogante, y en algunos casos rostros de expresión cruel. Waldemar Gotland presidía la reunión.

—Excelencia —dijo en un inglés aceptable—, suponemos que ésta es su lengua materna, ¿no es así?

—Así es —dijo el Señor Smith un poco sorprendido al ver a tantos hombres.

—¿Y desea usted que lo llamemos Señor Smith, según la costumbre inglesa?

—Me parece bien —asintió el Señor Smith.

—Le agradeceríamos entonces, Señor Smith, que nos presentara usted sus documentos. Un comité, presidido por Emil de Hanse, comprobará la autenticidad de los papeles.

Smith puso sobre el escritorio un montón de papeles.

—Yo había deseado —se quejó— que estos depósitos se mantuvieran en secreto.

—Hemos hecho todo lo posible, excelencia. El monto es ahora fantástico. Aunque conservamos aún el nombre Letta-Goldini, no sobrevive ya ningún miembro de esas familias. Durante el último siglo, excelencia, muchos han intentado apoderarse de su fortuna.

—Nada sorprendente —dijo el Señor Smith, y preguntó en seguida con interés—: ¿Y por qué fracasaron?

—La causa principal ha sido el número de los administradores, excelencia. Como representante de la Escandinavia, me interesa sobremanera que ningún veneciano o alemán rompa el Contrato.

Antonio Ruzzini interrumpió secamente:

—Y nosotros no permitiremos que Waldemar Gotland nos engañe. Ha corrido sangre más de una vez en el último siglo, excelencia.

Los papeles fueron aceptados como auténticos.

Gotland carraspeó.

—En este momento, excelencia, toda la fortuna es suya, y nosotros somos sólo simples empleados. Si usted desea que la fortuna continúe creciendo...

El Señor Smith asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues bien —continuó Gotland—, sugeriríamos entonces que firmemos un contrato más riguroso. Nos hemos tomado la libertad de redactar...

—Bien —dijo el Señor Smith—, lo estudiaremos. Pero antes les daré mis instrucciones.

Los hombres sentados a la mesa se pusieron muy tiesos mirando al Señor Smith.

—Cuando Constantinopla caiga en manos de los turcos —dijo el Señor Smith—, Venecia perderá su poder. La casa deberá tener su sede en otra parte.

Hubo una exclamación ahogada.

El Señor Smith continuó:

—El monto de la fortuna nos permite ya hacer planes a largo plazo. Tenemos que volver los ojos hacia occidente. Envíen un representante a España. Habrá allí oportunidades de buenas inversiones, luego de los próximos descubrimientos en el oeste. Apoyen a unos hombres llamados Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Hacia mediados de siglo, retiren las inversiones de España y colóquenlas en Inglaterra, sobre todo en el comercio y en la manufactura. Habrá grandes concesiones de tierras en el Nuevo Mundo. Es necesario que representantes de la casa obtengan algunas de esas concesiones. Habrá un período de confusión en Inglaterra luego de la muerte de Enrique VIII. Apoyen a su hija Isabel.

»Descubrirán ustedes, a medida que la industria se extienda por los países nórdicos, que las empresas no pueden prosperar cuando hay demasiados días feriados. Apoyen a los jefes religiosos que exigen un modo de vida más... puritano.

»Una última recomendación. Este grupo es demasiado numeroso. Sería conveniente que sólo un representante de cada nación participe del secreto del Contrato.

—Caballeros —aconsejó el Señor Smith en el año 1600—, presten más atención al comercio y las manufacturas en Europa; a la agricultura, a las minas y a la acumulación de tierras en el Nuevo Mundo. En este siglo se amasarán fortunas inmensas en Oriente. Traten que nuestras diversas casas sean las primeras en aprovechar esta situación.

Esperaban alrededor de la mesa de conferencia en Londres. El reloj —que todos consultaban una y otra vez, nerviosamente— indicaba que faltaban aún quince minutos para que llegara el Señor Smith.

Sir Robert aspiró una pizca de rapé aparentando una indiferencia que no sentía.

—Señores —dijo lentamente—, confieso que me cuesta creer en esta leyenda. Si nos atenemos a los hechos...

—Es una hermosa historia, señores —dijo Pierre Deflage—. En el año 1300 un extranjero de apariencia nada notable se presentó ante un banquero veneciano y le entregó diez monedas de oro que quedarían depositadas durante cien años. Sugirió además ciertas medidas que dejaron atrás todas las profecías de Nostradamus. Desde entonces los descendientes de ese hombre han aparecido cada cien años, el mismo día y a la misma hora, y han invertido otra vez la suma sin retirar jamás un solo centavo, pero haciendo siempre nuevas sugerencias. Hoy, señores, la fortuna es, sin comparación, la mayor del mundo. De mí, por ejemplo, se dice que soy el hombre más rico de Francia. —Deflages se encogió de hombros—. Todos sabemos que soy sólo un empleado al servicio del Contrato.

—Opino que esta historia no tiene sentido —dijo Sir Robert—. Han pasado cien años desde la supuesta aparición de ese *Señor Smith*. Durante ese período, el Contrato ha estado en manos de muchos hombres ambiciosos y sin escrúpulos. Es evidente que ellos mismos inventaron la historia para sus propios fines. Caballeros, el Señor Smith no existe ni nunca existió. Ha llegado el momento de decidir, señores. ¿Continuamos la farsa o tomamos medidas para repartirnos la fortuna e irnos cada uno por nuestro lado?

Una voz débil dijo desde la puerta:

—Si eso le parece posible, señor, habrá que trabajar en el fortalecimiento del Contrato. ¿Me permiten que me presente? Pueden llamarme Señor Smith.

En 1800, el Señor Smith dijo:

—Apoyen ustedes durante doce años al aventurero Bonaparte. Abandónenlo en 1812. Inviertan generosamente en la nueva nación, los Estados Unidos de América. Envíen un representante a Nueva York, inmediatamente. Éste será un siglo de revoluciones y cambios. Dejen de sostener a la monarquía...

Los hombres sentados alrededor de la mesa se sobresaltaron.

—...y apoyen a las clases comerciales en ascenso. Sostengan a un tal Robert Clive en la India. Retiren todo apoyo a España en la América Latina. En la guerra civil norteamericana, pónganse del lado del Norte.

»En general, caballeros, éste será el siglo de Inglaterra. No lo olviden. —El Señor Smith volvió la cabeza un momento y pareció escrutar un paisaje distante—. El próximo siglo será diferente, pero esa es otra historia, y ni siquiera yo sé qué ocurrirá luego de la primera mitad.

El Señor Smith se fue al fin, y Amschel Mayer, el representante de Viena, murmuró:

—Queridos colegas, ¿han advertido ustedes que una de las reliquias del Contrato tiene al fin sentido?

Lord Windermere lo miró de soslayo sin tratar de disimular su antisemitismo.

—¿Qué quiere usted decir?

El banquero Amschel Mayer abrió la pesada caja donde se guardaban los documentos transmitidos de generación en generación desde la época de Goldini, y sacó una moneda de oro.

—Una moneda del Contrato original, señor. Ha sido conservada todo este tiempo.

Windermere tomó la moneda y leyó:

—Estados Unidos de América. Pero, hombre, por favor, esto es ridículo. Alguien ha metido aquí la mano. La moneda no pudo haber existido en tiempos de Goldini. Las colonias proclamaron su independencia no hace más de veinticinco años.

—Y el número de la moneda —murmuró Amschel Mayer—. Me pregunto si alguien ha pensado que puede ser una fecha.

Windermere miró la moneda otra vez.

—¿Una fecha? ¡No sea idiota! Nadie fecha una moneda con un siglo de adelanto.

Mayer se acarició nuevamente las mejillas afeitadas.

—Con más de seis siglos de adelanto, señor.

A la hora de los cigarros y el brandy, discutieron atentamente el problema. El joven Warren Piedmont dijo:

—Ustedes, caballeros, tienen una ventaja. Hasta hace doce años, yo sólo tenía un vago conocimiento del Contrato, a pesar del puesto importante que ocupó en la rama norteamericana. Y, lamentablemente, yo no asistí como ustedes a la aparición del Señor Smith en 1900.

—No perdió usted gran cosa —gruñó von Borman—. Nuestro Señor Smith, que nos tiene atados tan firmemente, de modo que es dueño de todos nuestros bienes, hasta de este cigarro que fumo ahora, nuestro Señor Smith, digo, es un hombre insignificante, casi un andrajoso.

—Entonces existe —dijo Piedmont.

Albert Marat, el representante francés, bufó expresivamente.

—Hay algo sorprendente, señores. La descripción que tenemos del Señor Smith, incluidas sus ropas, corresponde exactamente a la que nos ha llegado a través de los siglos, desde los días de Goldini. —Rió entre dientes—. Tenemos una ventaja esta vez.

Piedmont frunció el ceño.

—¿Una ventaja?

—Cuando el Señor Smith apareció en 1900, le sacamos una foto disimuladamente. Será interesante hacer la comparación cuando aparezca de nuevo.

Warren Piedmont seguía frunciendo el ceño, sin entender, e Hideka Mitsuki explicó:

—¿No ha leído usted las novelas de ese escritor británico, el talentoso H. G. Wells?

—No lo conozco.

—Brevemente, Piedmont —dijo Smith-Winston, de la rama británica—. Hemos discutido la posibilidad que nuestro Señor Smith sea un viajero del tiempo.

—¿Un viajero del tiempo! ¿Qué quiere usted decir?

—Estamos en 1910. En el último siglo la ciencia ha superado las concepciones más audaces de los sabios de 1810. No podemos imaginar hoy qué progresos se lograrán en los próximos cincuenta años. Que esos progresos abarquen los viajes por el tiempo puede parecernos descabellado, pero no es imposible.

—¿Pero por qué dentro de cincuenta años? Pasará un siglo antes que...

—No. Esta vez, el Señor Smith nos informó que no esperaría hasta el año 2000 para visitarnos. Se aparecerá aquí el 16 de julio de 1960. Ese día, amigos míos, descubriremos, me parece, que el Señor Smith ha decidido embolsarse la mayor fortuna que haya conocido el mundo.

Von Borman miró alrededor y gruñó.

—¿Se les ha ocurrido pensar que nosotros ocho somos los únicos que conocemos la existencia del Contrato? —Se tocó el pecho—. En Alemania, ni siquiera el Kaiser sabe que soy dueño de casi dos tercios de la riqueza nacional, en nombre del Contrato, por supuesto.

—¿Y se les ha ocurrido —dijo Marat— que si el Señor Smith reclama su fortuna nos quedaremos todos sin un centavo?

Smith-Winston rió entre dientes, amargamente.

—Si ha pensado usted en modificar las cosas, olvídelo. Durante medio milenio, los mejores expertos en cuestiones legales han estado fortaleciendo el Contrato. Los intentos por alterar alguna de sus partes han desencadenado guerras. Nunca abiertamente, claro está. Los que murieron invocaban la causa de la religión, el destino nacional, el honor nacional. Pero ninguna tentativa tuvo éxito, y el Contrato sigue en pie.

—Volvamos a esa visita prometida para 1960. ¿Por qué piensan ustedes que el Señor Smith revelará al fin que es un viajero del tiempo?

—Todo concuerda, amigo mío —dijo Smith-Winston—. Siempre se ha aparecido en ropas similares a las que usamos hoy, desde los días de Goldini. Habla inglés..., con acento norteamericano. Las monedas que le dio a Goldini eran águilas norteamericanas, acuñadas en este siglo. Podemos asumir que son monedas del tiempo del Señor Smith. Bien, por alguna razón el Señor Smith deseó amasar una enorme fortuna. Lo ha conseguido, y creo que en 1960 revelará su propósito.

Smith-Winston suspiró y volvió a su cigarro.

—No sé si estaré aquí para verlo. Cincuenta años es mucho tiempo.

Dejaron al fin el tema y abordaron otro que también les interesaba mucho.

—Opino que para servir bien al Contrato —gruñó von Borman—, Alemania ha de tener un lugar mayor bajo el sol. He planeado construir un ferrocarril a Bagdad y traer a casa los tesoros de Oriente.

Marat y Smith-Winston recibieron con frialdad estas palabras.

—Le aseguro, señor —dijo Marat—, que nos resistiremos a esos planes. La mejor manera de servir al Contrato es mantener el estado actual de cosas. No hay sitio para una expansión germánica. Si usted insiste, habrá guerra y usted recordará sin duda las profecías del Señor Smith. En caso de guerra, retiraremos nuestro apoyo a Alemania, y también a Rusia, por alguna razón que ignoramos, y sostendremos a los aliados. Queda usted advertido.

—El Señor Smith se ha equivocado esta vez —replicó von Borman—. Además, él mismo dijo que invirtiésemos grandes sumas en petróleo. ¿Cómo es posible que Alemania tenga petróleo sin acceso a Oriente? Mis planes tendrán éxito, y aseguraré así la causa del Contrato.

El sereno Hideko Mitsuki murmuró:

—Me pregunto si el Señor Smith pensó alguna vez que las distintas ramas de la fortuna planearían y desencadenarían conflictos internacionales en nombre del Contrato.

Cuando el Señor Smith entró a la oficina del edificio Empire State, sólo seis hombres esperaban alrededor de la mesa. Ninguno de ellos había estado presente en la visita anterior, y sólo el anciano Warren Piedmont había conocido a alguien que hubiese visto al Señor Smith.

El octogenario sacó una vieja fotografía y la comparó con el recién llegado.

—Sí —murmuró—, tenía razón.

El Señor Smith le alcanzó un sobre abultado con papeles.

—¿No desea revisar los documentos?

Piedmont miró a los hombres sentados a la mesa: John Smith-Winston, hijo; Rami Mardu, de la India; Warner Voss-Richer, de Alemania Occidental; Mito Fisuki, de Japón; Juan Santos, representante de Italia, Francia y España. Piedmont dijo:

—Tenemos aquí una fotografía que le sacamos a usted en 1900, señor. Basta para identificarlo a usted. He de añadir, sin embargo, que durante los últimos diez años hemos pedido a un cierto número de notables hombres de ciencia que estudien si los viajes por el tiempo son posibles.

—Me he enterado —dijo el Señor Smith—. En otras palabras, han gastado ustedes mi dinero en investigarme.

—Todos hemos protegido fielmente el Contrato —dijo Piedmont en un tono que no era de disculpa—, y algunos le hemos consagrado toda nuestra vida. No negaré que la remuneración es sin duda la mayor del mundo, sin embargo es sólo un *trabajo*. Parte del trabajo consiste en proteger el Contrato, y los intereses de usted, de aquellos que desean apropiarse indebidamente de la fortuna. Gastamos millones todos los años en investigaciones.

—Me parece bien. ¿Pero y esas investigaciones acerca de los viajes por el tiempo?

—La respuesta ha sido siempre la misma, invariablemente. Sólo uno de los físicos consultados insinuó una cierta posibilidad.

—Ajá, ¿y quién fue ese hombre?

—Un profesor llamado Alan Shirey que trabaja en una universidad de California. No hablamos con él directamente, por supuesto. Al principio dijo que nunca había considerado el problema, pero se mostró intrigado. Finalmente, afirmó que la única solución implicaría el consumo de una cantidad enorme de energía, que superaba las posibilidades del mundo.

—Ya veo —dijo el Señor Smith haciendo una mueca—. ¿Y ese profesor no ha seguido investigando los viajes por el tiempo?

Piedmont alzó las manos.

—¿Cómo puedo saberlo?

John Smith-Winston interrumpió bruscamente:

—Señor, tenemos aquí un inventario completo de los bienes de usted. Decir que la fortuna es colosal sería una afirmación demasiado prudente, aun para un inglés. Desearíamos que nos informara usted cómo hemos de continuar.

El Señor Smith lo miró fijamente.

—Deseo que se tomen inmediatamente las medidas necesarias para liquidar la fortuna.

—¡Liquidar la fortuna! —gritaron seis voces.

—En dinero contante y sonante, caballeros —dijo el Señor Smith—. Tan pronto como sea posible. Quiero todas mis propiedades en dinero.

—Señor Smith —dijo roncamente Warner Voss-Richer—. No hay bastante dinero en el mundo para comprar todos los bienes de usted.

—No importa. Gastaré ese dinero tan rápidamente que será puesto otra vez en circulación, a medida que ustedes me entreguen el oro o los créditos equivalentes.

—Pero, ¿por qué? —dijo Piedmont, estupefacto—. ¿No entiende usted las repercusiones que tendrá la medida? Señor Smith, es necesario que nos explique... El propósito de todo esto...

—El propósito es obvio —dijo el Señor Smith—. Y el seudónimo de Señor Smith es inútil ahora. Pueden llamarme Shirey, profesor Alan Shirey. Entiendan ustedes, caballeros: el problema que ustedes me han planteado acerca de los viajes por el tiempo acaparó mis pensamientos. Creo que al fin he resuelto todas las dificultades. Sólo necesito ahora una cantidad fantástica de energía para hacer funcionar mi aparato. Con esa energía, un poco superior a la que se produce hoy en el mundo, podré viajar por el tiempo.

—Pero, ¿por qué? Todo esto, todo esto... Monopolios, gobiernos, guerras... —La voz cascada de Warren Piedmont tembló y se quebró.

El Señor Smith —el profesor Alan Shirey— miró a Piedmont de un modo extraño.

—Bueno, para que yo pueda regresar a los días del esplendor de Venecia, y tomar las medidas necesarias que me permitirán comprar esta enorme cantidad de energía.

—¿Y seis siglos de historia humana —dijo Rami Mardu, representante asiático, con una voz muy débil— no tendrán otro sentido?

El profesor Shirey lo miró con impaciencia.

—¿Pretende usted insinuar, señor, que ha habido otros siglos en la historia humana con más sentido?

FIN

Libros Tauro